

ballo que se impacientaba por entrar en la cuadra, formaron un contraste singular.

«¡Será posible! añadió el pobre morisco golpeándose la frente con desesperacion, ¿será posible que algun asesino se haya atrevido á acabar con él? ¡Oh! ¿qué indica la venida de este caballo sin su amo? Dí, noble Javel, continuó el morisco mirando al pobre bruto; ¿dónde está tu amo? ¿dónde ha quedado? ¿por qué te vienes sin tu preciosa carga?»

Javel, que así se llamaba el caballo de Zelim, volvió á relinchar de una manera nunca oída; se zambulló en el agua y murmuró: «¡Ah! murmuró el buen Farax en medio de su alucinamiento ¿dices que ha muerto? ¿cómo es posible que un caballo pueda morir? El caballo, cada vez mas impaciente por entrar en la cuadra, relinchó tercera vez; «¡Muerto! ¿con que está muerto? tartamudeó el pobre morisco, á quien una especie de desvanecimiento le obligó á buscar un punto de apoyo en la pared para no caer al suelo.»

En este estado se hallaba Farax, cuando Dios quiso que Ajem apareciese allí en aquel momento; «¡Ajem! ¡Ajem! dijo Ajem desde su caballo; ¿quién llama? preguntó el morisco, abriendo los ojos y recobrando el conocimiento, perdido por algunos momentos; «¡Dios mío! gritó Ajem precipitándose del caballo y acudiendo adonde estaba el morisco; ¿qué tienes, Farax? ¿qué sucede?»

«¡Oh! ¡una horrible desgracia! exclamó el morisco con acento apagado y abriendo los ojos para fijarlos en Ajem; «No comprendo, no adivino que quieres decir; Javel está solo á la puerta y no veo al príncipe, ¿qué es esto, Farax? «Eso mismo, queria yo preguntaros, dijo el morisco limpiándose el frijo sudor que bañaba su frente; ¿de dónde vienes? ¿dónde le has dejado?»

—¿A quién? ¿al príncipe? «Sí, al mismo; á nuestro pobre príncipe; cuyo caballo acaba de venir solo.

«¡Solo! murmuró Ajem estremeciéndose.

—Sí, solo; por eso te pregunto yo qué ha sido de él.

—Lo ignoro; es cierto que juntos salimos de aquí, pero luego manifestó que á las doce debia tener una entrevista con esa maldita cristiana, y se fué presuroso á la cita, mientras yo me dirigí á la alquería de Ajib á saber con cuanta gente contaba ya.

—Entonces no cabe duda; ¡horrible calamidad!

—¡Muerto! ¡oh! eso no es posible, exclamó Ajem; pero cualquiera que sea la desgracia que Dios haya descargado sobre nosotros, es necesario tener valor.

—¡Valor! murmuró el pobre Farax, por cuyas megillas corrían ya las lágrimas suponiendo muerto á Zelim-Almanzor y frustrados sus proyectos.

—Basta, Farax; sé lo que valen tus lágrimas; tambien yo me siento conmovido, pero aun tengo fuerzas para ir á buscarle por esos caminos que conducen á la malhadada alquería de Montblanc. Si tropiezo con su cadáver, tendré corazon para traerle aquí.»

Ajem se enjugó las lágrimas que bañaban tambien su rostro, y acercándose á su caballo, puso el pié en el estribo y montó en él.

«¿Quieres que te acompañe? preguntó Farax.»

Jewel volvió á relinchar piafando de impaciencia, y sus relinchos ahogaron la contestacion de Ajem.

«Ya ves, añadió Farax; el pobre Jewel quiere buscar á su amo; dejadme ir tambien con él.»

—No, no; éntralo en la cuadra, y tú espera: puede suceder que no haya muerto, y sería un chasco que al venir á la alquería no encontrase á nadie.»

Farax se resignó á quedarse, y apoderándose de Jewel lo llevó al pesebre, que era el afan del caballo, y lo que le habia obligado á relinchar con tanta frecuencia, causando aquella alarma en el corazon del morisco.

El sentimiento de Farax era tan profundo, tan verdadero, que cuando salió de la cuadra, en donde habia dejado atado al pesebre el caballo de Zelim, tuvo necesidad de sentarse porque apenas podia andar.

Largo rato permaneció así con el rostro oculto entre sus manos y llorando como un niño.

¡Pobre Farax! ¿qué no hubiera dado el buen patriota, el súbdito fiel, por ver desvanecidas sus sospechas funestas? ¿qué sacrificio no hubiera hecho por volver á ver á su querido príncipe? ¡Oro! el patriotismo de Farax rayaba muy alto para que no lo hubiera cambiado todo por la vida de Zelim y por el triunfo de su independencia. Cosas mas grandes se hallaba dispuesto á hacer el noble corazón del morisco valenciano; pero entre tanto Ajem no volvía, y la impaciencia le obligó á levantarse de su asiento.

«¡Nadie viene! exclamó acercándose á la puerta de la alquería; le habrán asesinado por robarle, ó acaso su noble presencia haya hecho pensar á los cristianos en la ilustre rama de donde descende y le hayan tendido un lazo; si no estuviera convencido del odio que media entre las dos razas, creeria que alguna delación le habian puesto en manos de los cristianos; pero no, no, añadió Farax; eso no puede ser: no hay nadie que no le adore, no hay nadie que pueda ir en contra del que viene á romper sus cadenas.»

Mientras Farax manifestaba con tan sentidas frases el interés que le inspiraba su amado príncipe, y mientras su vista fija en el camino, que se estendía frente á la alquería, buscaba en vano un objeto que le pudiera hacer creer que fuera Zelim, notó que una muger, favorecida por su distraccion, se acercó á la puerta acompañada por un hombre.

Aquella muger venia por una senda que conducia al Grao. Farax reconoció bien pronto á la dama que tenia delante, aunque iba cubierta bajo un velo. Si su corazón no le hubiera dicho que era la recomendada de Melech, se lo hubieran revelado su aire magestuoso, la riqueza de su trage y el aspecto siempre sombrío del moro que la acompañaba.

«¡Vos por aquí! preguntó Farax, haciéndose un poco atrás al ver á la desconocida.

—Vengo á pedir os un favor.

—Sepamos en qué puedo yo, pobre de mí, servir os.

—Melech me habló tan bien de vos, y luego os he encontrado tan bueno, me pareceis tan hoñrado, que no vacilo en haceros depositario de estas alhajas que he traído conmigo.»

La dama hizo una señal á su criado, y este, acercándose respetuosamenté, sacó de bajo de su alquicel una caja de ébano incrustada de oro y marfil.

«¡Ah! exclamó Farax al ver brillar las ricas incrustaciones, y juzgando por ellas las riquezas que tal vez se escondian dentro de la caja que la dama tenia en la mano; todas esas ricas labores que adornan la caja me hacen creer que dentro hay un tesoro; y á la verdad, señora, no son los tiempos muy á propósito para guardar con seguridad objetos de tanto valor.

—Sí, pero vos que vivis hace algun tiempo en este pais, vos que teneis casa propia, segun veo, tendreis algun paraje seguro en donde guardar vuestros caudales; yo no conozco á nadie ni sé donde puedo estar segura.

—¡Caudales! vos mejor que nadie sabeis cuán escaso estoy de dinero. ¡Ojalá hubiera sido bien empleado! añadió enjugándose las lágrimas el pobre morisco, que recordó en aquel momento el entusiasmo con que la desconocida habia hablado del príncipe pretendiente hacia pocas noches en aquel mismo lugar.

—¿Llorais? preguntó la dama conmovida.

—Lloro como vos llorareis cuando sepais que aquel por quien yo abandoné mi comercio de Fez, y por cuya causa tanto sacrificio habia hecho, ha muerto.

—¡Muerto! gritó la desconocida cayendo en tierra, como si un rayo hubiera tocado su frente.

—¡Desgraciado! dijo el criado acudiendo á socorrer á su ama, ¿qué habeis dicho?»

La dama seguia sin sentido; Farax se acercó á un armario y sacó una redoma que contenia un éter vivificador, y se acercó con él á la desmayada para que lo aspirase y recobrase el sentido.

El atlético y sombrío musulman, criado de la dama, tan luego como vió caer á su señora, se acercó á ella y la levantó

del suelo, sosteniéndola en sus brazos de hierro cual si fuera una niña de tres años: en la caída el vélo dejó descubierto su semblante, y Farax creyó ver una hurí al pasar la vista por aquel rostro pálido é interesante.

En aquel momento, mientras la desconocida entreabria los ojos, cual si saliera de un sueño pesado, y mientras el morisco la contemplaba con el pomo de éter en la mano, se oyó á lo lejos un agudo silbido.

«¡Dios mio! exclamó el morisco elevando los ojos al cielo.

—¿Es la señal de alguna nueva desgracia? preguntó la desconocida con voz débil y ahogando sus sollozos.

—¡Ah! ¡señora! esa es la señal con que Zelim solia anunciarme que se acercaba á mi alquería.

—¡Si fuese él! exclamó la dama; y luego cubriéndose nuevamente con el velo, añadió: no le digais que hay una muger en vuestra alquería, ¿me lo prometéis?....

—Asi lo haré, si tal es vuestra voluntad; pero entrad pronto en ese cuarto si no quereis que os encuentre aquí.»

La desconocida se precipitó en el aposento que le indicó Farax.

Su criado, que habia recogido la caja abandonada en el suelo, le siguió tambien. Aquel hombre era su sombra.

Farax, que se habia acercado temblando á la puerta de la alquería, vió que un bulto avanzaba hácia él; y no pudiendo contenerse corrió á su encuentro. A diez pasos de la puerta se encontró con Zelim, y se arrojó á sus pies llorando de alegría.

«¿Qué significa esto? preguntó el príncipe al ver como le recibia el morisco; levántate, Farax, y cuenta qué te sucede.»

Farax le refirió con lágrimas en los ojos cuanto habia sucedido, la llegada de Javel, sus inusitados relinchos, y la salida de Ajem en busca suya creyéndole muerto.

Cuando llegaron á la alquería, Farax, que iba detrás del príncipe, notó que su alquicel estaba agujereado.

«¡Oh! ¡es un balazo! ¡con que mis temores no eran infunda-

dos! exclamó el morisco inspeccionando el agujero del alquicel, producido por el arcabuzazo disparado desde el jardín del conde de Montblanc.

—No hay que alarmarse, mi buen Farax, contestó el príncipe sonriéndose para tranquilizar al morisco, puesto que ha sido el alquicel, y no mi cuerpo, el que ha recibido el balazo.

—Sí, sí, dijo el morisco meneando la cabeza; pero si hoy hemos tenido esa fortuna, tal vez mañana no podamos decir lo mismo.

—Eres fatalista, Farax.

—Hay ciertas cosas, señor, que parecen revelaciones misteriosas: la escapada de Javel mientras tú estabas con la cristiana, sus relinchos inusitados; todo ¡ay! me revela que alguna horrible desgracia se agita sobre nuestras cabezas.

—¡Vanos temores! bien sabes que las noticias que recibimos de todas partes no pueden ser mas satisfactorias; dentro de pocos días llegará á estas aguas la escuadra del rey de Argel.

—Me lo ha dicho Ajem.

—El número de los comprometidos en todo el reino llega á cincuenta mil.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué tiembles? ¿por qué dudas?

—No sé, dijo el morisco encogiéndose de hombros; pero preveo algo de funesto en el amor de esa cristiana.

—¡Oh! murmuró tristemente Zelim, lo mismo dice Ajem.

—Haz por olvidarla.

—¡Imposible!

—Otra muger pudiera reemplazarla en tu corazón.

—No podré amar á ninguna como á esa.

—¿Y si te lo rogásemos de rodillas?

—Farax, dijo el príncipe ahogando un suspiro, quedaríais desairados.»

El morisco bajó la cabeza tristemente y no dijo una palabra.

Algunos minutos despues llegó Ajem, el cual oyó de boca del príncipe lo que habia sucedido, sin olvidarse de atribuir la escapada de Javel al tiro disparado desde el jardín.

Ajem se estremeció al tocar la huella que la bala habia dejado en el alquicel del príncipe.

Un cuarto de hora despues, este dormia en una blanda cama que Farax habia preparado para el futuro rey de Valencia, mientras que Ajem, en otro lecho mas modesto, ansiaba que pasara pronto el resto de la noche para ver el efecto que producía al dia siguiente entre los moros y moriscos la cédula del emperador Carlos V.

Farax entre tanto se acercó al cuarto en donde habia entrado la desconocida, y la dijo en voz baja.

«Podeis marcharos ahora si no quereis ser vista.»

La desconocida salió apoyada en el hombro de su criado, que lloraba como un niño.

«¿Y la caja? preguntó Farax, viendo que ninguno de los dos la llevaba.

—Guardadla vos, y si no vuelvo por ella disponed de lo que hay dentro, dijo la desconocida deshaciéndose en gemidos.

—Buen ánimo, señora, dijo el criado cuando se vió en el camino que conducía al Grao en compañía de la desconocida.

—¡Oh! lo tendré, exclamó la dama con un acento que hubiera hecho temblar al príncipe, lo tendré; y ¡ay, de la que me ha arrebatado su amor!»

CAPITULO XI.

La cédula de 4 de abril de 1525.

El sol comenzaba á dorar con sus nacientes rayos el risueño paisaje que pronto iba á ser teatro de grandes acontecimientos, y los que habian podido dormir algunas horas se despertaron sobresaltados al vuelo de cien campanas, que con su ruido atronador anunciaba á los buenos cristianos, y á los moros y moriscos que habitaban en la huerta y en los pueblos inmediatos á Valencia, la gran solemnidad con que se les iba á notificar la voluntad del gran Carlos V, consignada en la cédula de 4 de abril, de la cual era portador D. Gaspar de Abalos, obispo de Guadix, y cuyo contenido sabian ya los enemigos de la Cruz.

Habian pasado los tiempos en que las campanas servian para anunciar la proximidad de los sarracenos, y en que los pueblos enteros se armaban para rechazar aquellas continuadas y terribles invasiones: ya no se estremecian las montañas al guerrero sonido de los clarines, ni se ofrecian aquellos espectáculos funestos que presentaba un pueblo dispuesto á sacrificar su último anciano y el mas tierno niño en defensa de su religion y de su hogar. En la época en que tenian lugar los acontecimientos que vamos narrando, las campanas se volteaban sólo para anunciar á los viejos cristianos y á los moros convertidos las grandes solemnidades de la religion cristiana.

Los festivos valencianos se levantaron de la cama, mas temprano que de ordinario, en la mañana de aquel dia. Hemos dicho que corria el mes de mayo, y ya nuestros lectores comprenderán que en este mes no es necesario violentarse mucho para abandonar el lecho, por mullido que sea, cuando en cambio podemos respirar las puras auras de la risueña primavera.

Ninguna nube empañaba el puro azul del firmamento; y el

sol, que habia dejado ver su globo de fuego entre nubes de oro y grana, estaba próximo á llegar á la mitad de su jornada. El calor de sus rayos era neutralizado por esa ligera brisa de mar, que la Providencia hace soplar en los pueblos de la costa situados al Mediodia, para que sus habitantes puedan gozar impunemente los raudales de su luz, sin sentir el calor que llevan consigo.

Creemos es ya ocasion de decir al lector, que aquel vuelo de campanas, aquellas calles cubiertas de arrayan, y aquellos balcones colgados de ricas telas de seda, anunciaba que el obispo de Guadix iba á oficiar de pontifical, que debia leer la famosa cédula de que era portador el respetable prelado, y que ademas iban á resonar en la nave de la anchurosa catedral las voces elocuentes de los doctos y entendidos teólogos, Fr. Antonio de Guevara y Fr. Juan de Salamanca.

Esto era un gran acontecimiento en los fastos de Valencia; y antes de calificarlo nosotros de grande, el consejo de la ciudad lo habia conceptuado como tal, cuando hacia dos dias habia dispuesto que un lucido pregon anunciase al pueblo valenciano la fiesta de este dia. En honor de la verdad, tampoco se habia olvidado de disponer que algunos centenares de ballesteros estuviesen prevenidos en los patios del consejo y en la moreria, para acudir á contener la gente morisca en caso de alarma.

Desde muy temprano, una muchedumbre compuesta de gente de todas edades y de todas condiciones, habia invadido el anchuroso recinto de la catedral, en donde al través de las espesas nubes de incienso y polvo se descubrian los ricos tapices que adornaban las paredes, y los soberbios sitials dispuestos en el coro para las elevadas personas llamadas á ocuparlos.

Las calles inmediatas á la catedral parecian otros tantos rios de personas que iban á desembocar, armando confusa gritería, en el espacioso templo. Cada vez que entraba en él una de estas oleadas de carne humana, se oian gritos agudos y lamentos infantiles, que dominando ese vago y sordo rumor que

producen mil conversaciones entabladas á un mismo tiempo, venian á anunciar á los que esperaban fuera ocasion de entrar, lo peligroso que seria oír aquel día la voz del elocuente orador y los párrafos de la famosa cédula.

Interin esto sucedia en el interior del templo, por la parte de afuera habia tal chacota y tal estruendo, que mas de una vez se hizo necesaria la intervencion de algun macero, para calmar este ó aquel motin, cuando no se oian silbar sobre las espaldas de un pobre morisco ó de un chicuelo insolente las correas de algun verguero, que para dar mas colorido al cuadro marcaba las carnes de aquellos pobres diablos. Mas felices los que habian podido encaramarse en las cornisas y entre las estátuas de la fachada, se reian descaradamente de sus pobres compañeros, que les miraban con envidia, y gritaban desafortadamente:

«¡Fuera los vergueros!

— ¡Fuera los maceros!

— ¡Que viene el Virey!

— ¡Y la Vireinal!

— ¡Muera Mahoma!

— ¡Ay! ¡ay! ¡ay! que me pegan, decia un pobre chiquelo morisco, yendo á ampararse en las piernas de un verguero, el cual le cojió bajo su amparo.

— ¡Mirad como le ampara el de lo negro!

— ¡Cómo le mimal!

— Será amante de su madre.

— Esos vergueros no tienen religion.

— Ni conciencia.

— A mí me ha dado un fuerte vergazo.

— A mí otro, pero yo me vengaré. Mirad, mirad; y el descarado pilluelo que esto decia, armado de un cañuto, hizo llegar á la nariz del verguero el hueso de una cereza.

El verguero lanzó un ¡ay! y los espectadores de este curioso incidente se rieron á carcajadas interin el dependiente de justicia buscaba alguno sobre quien descargar su verga y su mal humor.

Mientras estos y otros curiosos episodios tenían lugar por todas partes en aquel memorable día en que los pobres moriscos temblaban de miedo y en que los canónigos se ahogaban de calor en el coro, los que aun vestían el traje de musulmanes sufrían resignados los insultos de los cristianos cuando pasaban por su lado.

De cuando en cuando aumentábase el alboroto y la algazara á la llegada de algun nuevo personaje, que seguido de su correspondiente escolta de pages se dirigia á la catedral abriéndose paso por entre la plebe que se replegaba sobre sí misma al mas ligero olor de aristocracia.

Uno de los que mas llamaron la atención por la riqueza de su traje y por lo pálido de su semblante, fué el muy egregio conde de Montblanc, que despues de haber dejado á su hermana en uno de los balcones de la Casa del Consejo en compañía de sus parientas las del conde de Masanasa, fué á usar el derecho que tenia de sentarse en los sitios del coro, donde se hallaba ya reunida toda la nobleza valenciana, la cual recibió afectuosa y respetuosamente al descendiente de los Meneses.

Isabel se hallaba en la Casa del Consejo, en el balcon que se abria sobre la plaza, que era el que los jurados habian reservado para las damas de la mas encopetada aristocracia. Veíanse allí luciendo sus ricos y elegantes tocados á la señora Vireina con sus hijas, á la esposa del señor Baile general del reino, que vestia rico traje de damasco mosqueteado de oro, y cuya interesante cabeza se movia penosamente sobre la primorosa gorguera que rodeaba su torneado cuello, y no llamaban menos la atención los preciosos trages que vestían las de Masanasa, en medio de las cuales se destacaba con su modesta falda de raso negro y su blanquísima gorguera la interesante hermana del conde de Montblanc.

Hay mugeres tan hermosas, tan perfectas, que no necesitan de la ayuda del arte ni de los recursos del tocador para estar siempre bien; Isabel podia contarse en el número de esas mugeres, y por eso sin duda la señora Vireina la miraba á hurtadillas, y la Baileza hacia un gesto de mal humor cuando notaba

que alguno desde la plaza la miraba con la boca abierta. Motivos tenia para desesperarse la buena señora al pensar que su traje y sus alhajas valian mas de cien onzas de oro; y que llamaba menos la atencion que el que tanto admiraban en la noble huérfana, que valdria algunos escudos.

En honor de la verdad, y á fuer de fieles narradores, debemos decir que no era en aquella ocasion el vestido, aunque era elegante, lo que llamaba la atencion de todos; era la palidez que cubria el semblante de la noble jóven; era la tristeza que se marcaba en cada uno de los movimientos, en sus miradas, y su manera de sonreir.

Sin embargo, muchos aquella mañana encontraron á Isabel mas interesante á pesar de la pálida nube que cubria su frente, y no causó poco disgusto á la Bailesa el oir decir á una de las hijas de su amiga la Vireina, que jamás habia encontrado tan hermosa como aquella mañana á la de Montblanc.

«Vamos, tambien tú; ¡já! ¡já! ¡já!» exclamó la Bailesa riéndose de rabia y lamentando al mismo tiempo no haber elegido otro balcon para ver la fiesta.

Las demas mugeres, que no participaban de estos arrebatos á que se entregaba la Bailesa á pesar de ser jóvenes, se sonreian y charlaban alegremente produciendo ruido y algazara, mientras sus respetables madres sentadas en la sala del Consejo esperaban, abanicándose, el momento en que las hijas fuesen á decirlas que sus respectivos esposos entraban de la catedral al frente de tal ó cual corporacion.

Largo rato hacia que permanecian en aquel salon, hablando, cuchicheando, y removiéndose en los sitaliaes; cuando el ruido atronador de las campanas, lanzadas á vuelo, y los gritos de júbilo y alegría de la muchedumbre, las obligó á buscar sus respectivos sitios en los balcones.

La señora Vireina, la condesa de Masanasa y alguna otra se acercaron al que se abria sobre la plaza; y las demas señoras, esposas de simples jurados, se asomaron á los que se entendian á lo largo de la calle de Caballeros.

«¡Cuánta gente! decia la Bailesa; no sé que hacen esos ver-

gueros que no dejan un camino espedito para que puedan pasar cómodamente las autoridades y personas de distinción.

—Mi marido no va á poder llegar á la catedral, decia al mismo tiempo la esposa de un jurado, viendo las oleadas de gentes que se deslizaban por debajo del balcon donde ella se pavoneaba con su jubon de terciopelo y su falda de tisú.

—Avisadme cuando pasen los jueces, decia la remilgada muger de uno de ellos, para hacerle un saludo con el abanico, segun le habia prometido poniéndole la golilla de encaje que ella habia bordado siendo novia.»

Los señores jueces, presididos por su anciano regente, y precedidos de algunos alguaciles, que iban abriendo camino delante de ellos, cruzaron por debajo de los consabidos balcones del Consejo, y mas de un curioso socarron notó que uno de los jueces dió un traspies por querer saludar á una dama, que desde el balcon del Consejo agitaba su abanico mirándole con amorosos ojos.

Quando acababa de entrar el último magistrado en la catedral, y cuando la muchedumbre comenzaba á respirar desahogadamente, despues de haberse comprimido y replegado sobre sí misma para abrir ancho paso á los señores de la Real Audiencia, se vieron asomar por la puerta de la Casa del Consejo á los vergueros, sobre cuyos pechos brillaban las armas de la ciudad, y detrás de ellos á los respetables jurados, adornados con las ricas gramallas de seda. Algunos de ellos cambiaron miradas de inteligencia con sus mugeres, que los saludaban desde los balcones.

«¡Oh! exclamó la que poco antes habia temido al ver tanta gente que su marido no pudiera llegar á la catedral; no sé por qué mi Antonio ha de permitir que esa gentuza se le acerque tanto.

—Lo mismo pensaba yo, dijo la muger de otro jurado; nuestros maridos hacen muy mal en permitir eso. Cada jurado debia llevar un verguero al lado para impedir que nadie se acercara á ellos.

—¡Ya se vé, como dicen que son los padres del pueblo!

—Pero en cambio son bien poco respetados.

—Ellos tienen la culpa. Mirad, mirad como vuestro marido estrecha la mano de aquel andrajoso que está en la puerta del templo.»

La esposa del jurado vió que en efecto su marido alargaba la mano á un pobre diablo al entrar en el templo; y no fué esto lo que mas hizo ruborizar á aquella señora, sino el oír que á su lado una dama de la nobleza decia casi gritando:

«¿Qué habrá sido aquel jurado que estrecha la mano de un mendigo?»

—Señora, contestó la muger del jurado con rostro encendido de rabia y de vergüenza; aquel es mi marido y no tiene trampas como algunos nobles. Si es jurado, es porque los fueros le permiten serlo, y si dá la mano á un mendigo será porque á fuerza de darle limosnas se habrán hecho amigos.»

Uno de los caracteres particulares que ha distinguido siempre á las gentes de buen tono, es el saber cuándo deben callar; aquella dama hizo en el año 1525 lo mismo que haria hoy una descendienta suya en un caso igual; miró á la irritada plebeya, hizo como que sentia el haber dado pié á su incomodidad, y volviendo la cabeza graciosamente, comenzó á hablar de cosas indiferentes con la que tenia al lado, muger de esa misma estofa, y que á hurtadillas miraba los progresos que la vergüenza iba haciendo en el semblante de la pobre muger del jurado.

Entre tanto habia cesado el volteo de campanas, y un silencio profundo reinaba entre la muchedumbre. En las puertas del espacioso templo suspiraban mil personas por no haber podido pasar de allí y se disponian á oír.

Farax era uno de estos, y el que mas parecia sentir no poder estar en el interior del templo; sin embargo, nosotros que sabemos todo lo que habia hecho aquella mañana, podemos asegurar al lector, á quien tanto debe interesar cuanto hacia y pensaba Farax, que si no estaba cómodamente oyendo el sermón, era porque convenia á sus fines el estar en la puerta, por donde habia visto pasar á todos los moros y moriscos enterados de los proyectos revolucionarios, y á quienes habia ido di-

ciendo la conducta tranquila y circunspecta que debian guardar durante la lectura de la cédula. Él por su parte nada tenia que temer, porque andaba siempre rodeado de cristianos viejos, y aquel dia habia oido misa con mucha devocion en la iglesia de San Nicolás.

De repente llegó á sus oidos un vago rumor que anuncia los momentos de tregua en toda clase de funciones; pero luego, muy luego volvió á reinar un silencio mas profundo que el anterior: oyóse en seguida una voz, que aunque temblorosa, llegaba clara y sonora hasta los últimos rincones del templo.

«Es el obispo de Guadix.

— ¡Leerá la cédula!

— Oigamos.

— ¡Atencion!

— ¡Silencio! dijo uno cansado de oir hablar á su alrededor, y todos callaron.»

Farax se levantó sobre las puntas de sus pies, alargó el cuello, para oir mejor, y oyó leer lo siguiente al obispo de Guadix.

«Nos D. Carlos, por la gracia de Dios, etc. Ante nos han sido presentados muchos clamores, de que muchos moros, despues de haberse bautizado, habian vuelto públicamente á la secta de Mahoma, y profanado con sus falsos ritos las iglesias que se hicieron de mezquitas, lo cual es un grande menosprecio de nuestra fé y en desacato de la religion. Por tanto, he mandado hacer diligente averiguacion de todo el hecho, con personas de ciencia y buena vida: y juntando hombres temerosos de Dios, como es el Consejo de Castilla, Leon, Sevilla, Córdoba, Granada, Aragon, Valencia, Cataluña, Nápoles, Sicilia, el Consejo de nuestro imperio y el de la santa Inquisición, con algunos obispos: á todos los cuales pedimos encarecidamente, en cargo de sus conciencias, mirasen y examinasen si los bautizados con violencia y temor eran verdaderos cristianos: pero que yo como tal, y como el que tanto desea la exaltacion de la santa fé, pueda proveer lo que de justicia fuere. Usando de nuestro poder absoluto, bastará mandarlo cuando quisiéramos;

no habemos querido, sino que corra por éste camino del exámen de personas de conciencia, ciencia y santa vida, para que la nuestra quede mas satisfecha, y Dios Nuestro Señor mas servido. Y vistas por los Consejos las informaciones y los pareceres acerca de ellas, teniendo delante los ojos á Dios, unánimes todos y conformes, declararon: que los moros bautizados en aquella forma, eran y debian ser respetados por cristianos, por cuanto al recibir el bautismo estaban en su juicio natural, y no beodos ni locos, y quisieron de su voluntad recibirle; y por tales los declaramos nosotros. Declaramos mas, que á todos los hijos que les fueren naciendo del dia del bautismo en adelante, les sea dada el agua del bautismo; pues no es justo que siendo cristianos los padres, se quedasen moros los hijos; y que las iglesias en que ya se ha celebrado misa, no puedan aplicarlas para mezquitas.—Dada en Madrid á 4 de abril de 1525.»

Mientras habia durado la lectura de este famoso documento que copiamos de la historia para trasladarlo á nuestra novela, á fin de que el lector se convenza de que en ella hay mas sucedido que inventado, un musulman elegantemente vestido se paseaba por debajo del balcon, en donde seguia nuestra heroína Isabel de Meneses.

¿Será necesario decir que aquel musulman era Zelim?

Era él en efecto, y no causó poco sobresalto á la noble cristiana el verle en aquella ocasion tan lejos de la iglesia.

«¿Habeis visto ese jóven musulman que tanto mira á este balcon? preguntó la Bailesa á la Vireina.

—Sí..... lleva un traje riquísimo.

—¡Qué ojos tan hermosos tiene! dijo una de las hijas del conde de Masanasa: ¡cómo los fija en tí, Isabel! añadió después.»

Isabel palideció.

En aquel mismo momento, un cristiano de rostro airado y aspecto de perdona vidas, se acercó á Zelim y le dijo:

«Oye, *marrano* (1), ¿por qué no entras á oír la cédula?

(1) Con esta y otras palabras por el estilo, saludaban los cristianos á los moros en aquella época.

—Porque estoy bien aquí, señor deslenguado.

—Pues bien, yo te llevaré de la oreja.

—En mal hora te has acercado á mí, cristiano, dijo Zelim que preveía lo que iba á suceder.

—Veamos si este guapo se resiste á entrar; y esto diciendo, intentó echar la mano sobre el hombro del príncipe.

—¡Desgraciado! gritó este arrojándole á tres pasos.»

En esto, algunos curiosos que se habian acercado á presenciar esta escena gritaron:

«¡Es un rebelde!

—¡Es un impío!

—¡Un hereje!

—A la Inquisicion con él.»

Pronto un grupo de gente desalmada rodeó al príncipe, y mientras este arrojaba su última mirada á la noble Isabel, que acababa de caer desmayada en brazos de sus parientas, dos hombres vestidos de negro se acercaron al grupo.

«Alto ahí, dijo uno de ellos apoderándose del príncipe.

—¿Qué me quereis? preguntó Zelim, admirado de verse en manos de aquellos hombres que obraban como máquinas.

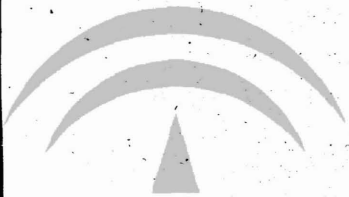
—Somos alguaciles del Santo Oficio, encargados de llevaros á los calabozos de la Inquisicion.

—¡Fatalidad! gritó Zelim preveyendo un cúmulo de desgracias para la gente morisca, que confiaba en él mas que en sus propias fuerzas.»

Farax se acercó al grupo, vió como se llevaban preso al príncipe, y no dijo una palabra; sin embargo, solo Dios supo lo que en aquel momento debió sufrir el alma del morisco.

ZELIM-ALMANZOR.

(Lám. 2.)



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Alhambra y Generalife
COM. DE ARQUITECTURA

CAPITULO XII.

El sueño de Zelim-Almanzor.

Tres días habían trascurrido de el no ratornd mofiq on oyp ob El obispo de Guadix había abandonado la ciudad de Valencia, despues de haber encargado á los señores inquisidores que activasen el proceso que se instruia contra Carbau, y que viesen pronto de mandarle á la hoguera, para que su muerte sirviese de saludable ejemplo á los de su religion.

Los musulmanes valencianos comprendieron que habían llegado los momentos de prueba; cuando vieron cerrar las mezquitas, y cuando se vieron apremiados por los alcaldes y curas de los pueblos, á vestir el traje de los cristianos, y á concurrir á las iglesias á oír las misiones, que para su mas sincera conversión había mandado el señor arzobispo á todos los pueblos del reino. En quanto á los moriscos, cuyo número era mayor, se hallaron en la necesidad de ser mas exactos en el cumplimiento de los deberes cristianos, y unos y otros comenzaron á ser nuevamente vigilados por la hez de la plebe cristiana, deseosa siempre de ver desnudar las espaldas de un moro, y al verdugo agitando sobre ellas sus terribles azotes. Todo anunciaba la gran borrasca porque tendria que pasar el pobre y laborioso pueblo que durante setecientos años había habitado y fertilizado el antiguo reino de Valencia, y de donde inhumanamente se le queria arrojar, puesto que la cédula de 4 de abril y las escitaciones del señor obispo de Guadix iban sólo encaminadas á preparar el terreno para hacer mas fácil la completa espulsion; en que tal vez había soñado el gran Carlos V. como si no asaltase no convenia sin duda á los planes del nuevo César, que corria desalentado á la conquista del mundo, y acabar con los últimos residuos de la raza musulmana en España; y ni la compasion ni

la idea del perjuicio que podría experimentar la agricultura, obligando á espatriarse á estos entendidos cultivadores, fueron bastantes á detenerle en su camino. Dios le había dotado, al par de las condiciones de gran guerrero, de todas las cualidades que distinguen á los déspotas, y era indudable que llegaría adonde se propusiera. Muy jóven era aun, cuando dándole estorbo el árbol de la libertad, á cuya sombra habían prosperado las formas representativas, lo arrancó inhumanamente, y para que no pudiera brotar en lo sucesivo en nuestra pobre España, creyó fácil esterilizar el terreno, regándole con la sangre de los comuneros.

El interés de nuestra novela nos obliga á abandonar el campo de la historia, y á dejar á un lado la marcha de los acontecimientos, para seguir á Zelim-Almanzor á uno de los más sombríos y estrechos calabozos de la santa Inquisición.

Zelim no había podido imaginarse nunca que hubiese lugares tan horribles como el calabozo en que había sido encerrado.

Luego que se vió solo en él, hizo lo que generalmente hacen los desgraciados que se ven condenados á habitar esos lugares. Midió la longitud del calabozo, su latitud, palpó las paredes, en las que ninguna ventana dejaba ver la luz del día, y calculó por la humedad que despedían, que mas de un preso pudo haber encontrado la muerte en aquella especie de cueva húmeda é insalubre. Terminado el reconocimiento, se sentó en una vieja estera que debía ser su lecho, y meditando en lo que había dejado fuera de aquellas sombrías paredes, cuyo contacto helaba su sangre, sintió partírsele el corazón, y dos lágrimas se desprendieron de sus húmedos párpados.

Pobre Zelim! ¿dónde estaban las dulces emociones del amor y de la gloria? ¿Era esta la suerte que le esperaba en la patria de tus antepasados? ¿Quién había de decirte cuando te agitabas en la atmósfera abrasadora del Africa, á la idea seductora de sentarte en el trono de tus antecesores, que un hediondo calabozo había de ser tu palacio durante algunos días, para pasar luego á la hoguera inquisitorial?

Cada vez que el príncipe pensaba en lo horrible que debía ser este género de muerte inventado por los inquisidores, se levantaba de la esterilla en que estaba sentado, y la abatida expresión de su semblante desaparecía, para dejar ver la energía que se ocultaba en el fondo de aquel corazón africano, que aun podía desafiar por algún tiempo la glacial frialdad del calabozo. Cosas horrorosas había oído hablar de la Inquisición y de los tormentos de que se valía para arrancar las declaraciones, que según ellos debían poner en claro los hechos criminales de que conocía el Santo Tribunal; pero luego se convenció de que todo, y algo más, podía esperarse de aquellos hombres vestidos de negro, que tenían por un honor llamarse alguaciles del Santo Oficio, y que dormían tranquilamente después de haber despedazado los miembros de un semejante suyo, creyendo hacer con esto un servicio que debía ser muy grato á los ojos de Dios. Zelim pensó en que muy luego le dirían el motivo de su prisión; pero vió pasar tres días con sus noches, que el desvelo le hizo parecer eternas, sin saber nada y sin ver á nadie fuera del carcelero.

En aquellos tres días había visto entrar tres veces en su calabozo á un hombre de elevada estatura y de mirada torva y traidora, cuyo rostro indicaba lo poco que de él podrían prometerse los presos encomendados á su cuidado. Este hombre frío é impasible ni siquiera se había dignado mirar al preso cuando había entrado en su calabozo; y siempre había hecho lo mismo, igual hoy que ayer, y ayer lo que el anterior. «¡Oh! este hombre es una máquina!» pensó tristemente Zelim al ver cómo abría la puerta al tercer día á las diez en punto de la mañana. El sombrío carcelero entró con la cabeza pegada al pecho, colocó en la misma losa que el día anterior la cazuela de bazofia que daba el Santo Tribunal á sus encausados, un pedazo de pan negro y una jarra de agua, y en seguida volvió á apoderarse del farolillo para marcharse hasta el otro día; pero Zelim, que había observado todos los movimientos de aquella máquina que los inquisidores habían puesto á su servicio, comprendiendo

que iba también aquel día á marcharse sin decirle nada, se colocó en frente de él, y le dijo: «Es necesario que digas á mis jueces que deseo presentarme delante de ellos.» El carcelero miró por primera vez á Zelim, y éste notó que una de las estremidades de su inmensa boca se agitaba con una sonrisa particular. Zelim se estremeció de pronto; mas luego, recobrando su energía, exclamó: «¿Te sonríes al oír lo que yo digo? ¿qué significa esa risa? — Significa, dijo con calma su interlocutor, que todos los presos sois igualmente importunos, y que es necesario tener mucha paciencia para oír vuestras preguntas y vuestras tonterías: — ¡Miserable! gritó fuera de sí el príncipe haciéndose un paso atrás para lanzarse sobre el insolente carcelero y castigarle; mas éste, conociendo la intencion y comprendiendo que el aspecto del jóven musulman indicaba que era muy capaz de habérselas con él, se deslizó como una culebra fuera del calabozo, dejando á Zelim con el deseo de castigar su insolente contestacion. — Mañana, dijo el carcelero desde fuera, despues de haber cerrado la puerta y echado sobre ella llaves y cerrojos, vendremos dos á traerte la comida; y desgraciado de tí si no estás mas mansito que hoy. — Venid todos los habitantes de esta horrible mansion, contestó Zelim, que no os temo á ninguno.» y así se cumplió. El resto de aquel día lo pasó el preso pensando en los medios de que podría valerse para recobrar su perdida libertad; y como no se le ocurrió ninguno que pudiera devolverle á la luz del día y al aire libre, sintió todo el peso de su desgracia, y suspiró por sus ilusiones perdidas y por sus planes frustrados. Se acordó con miedo de Amina, de la muger que habia dejado en Fez con la esperanza de ir un día á poner sobre su frente una corona; pensó en Isabel, en la bella cristiana, cuya imagen vivia en su memoria como una fresca rosa, con cuyo delicioso perfume sentia á veces embriagada su alma. Isabel lo habia lo-

grado todo; había entrado en su corazón como un conquistador desapiadado que destroza cuanto vé; que se sonríe del derecho y que desoye toda reclamación por justa y legítima que sea. Zelim amaba á una mujer; la había prometido fidelidad; la mujer de Fez había adquirido un derecho al amor del príncipe; esto era lógico, incuestionable, pero luego vió á Isabel y se apasionó de ella; la habló, respiró su aliento en una noche de angustia en que se dejó ver el amor de la cristiana como un rayo de luz en la oscuridad; todo esto era cierto, había sucedido, aunque rápidamente luego la había visto en el balcón de la Casa del Consejo, por ella había sido preso, y por estar debajo del fatal balcón, por mirarla. Si esto era también cierto, ¿por qué Zelim se complacía en recordar aquella mujer, y desechaba como un recuerdo inoportuno é impertinente á la pobre Amina? El príncipe no se sabía explicar aquel fenómeno. El corazón del hombre ha tenido siempre cosas inexplicables.

¿Tenía motivos Zelim para creer que Isabel de Meneses le amaba? no los tenía verdaderamente, y sin embargo no por esto su amor era menos grande, menos profundo, menos cierto; porque generalmente acontece que nunca es más ciega una pasión que cuando menos motivos tiene que la justifique. No sé si le ocultaba al príncipe que de aquel amor que tan honda impresión había causado en su alma, no había más que una cita, una entrevista que podía haber sido dictada por el interés que inspira un hombre cualquiera cuando vemos que sobre su cabeza se cierne una desgracia, y que podemos libertarle de su influjo dándole un grito de alerta. Ella misma se lo había manifestado así en la noche en que la vió al través de la verja del jardín; y sin embargo Zelim se recreaba en la idea de aquel amor; y creía ver á la cristiana llorando y suplicando á su Dios su libertad. ¿Qué felicidad podía compararse en aquellos momentos con la que experimentaba el corazón del príncipe! ¿Cómo se hubieran asombrado sus jueces si en aquellos momentos hubieran podido ver la sonrisa que se dibujaba en los labios del pobre

preso. ¡Oh! el poder inquisitorial le había privado de la libertad, le había sumido en una noche sin fin, pero no había podido arrancarle sus recuerdos, sus amorosos recuerdos! Algunas veces sin embargo se arrugaba la frente del príncipe como si sintiese todo el peso de su situación. El frío y la humedad, penetrando hasta la médula de los huesos, parecían querer llevar la frialdad de la muerte hasta su corazón. Huían de su mente las ilusiones halagüeñas y se llenaba de sombríos pensamientos; en vano quería sobreponerse á los dolores físicos y desterrar de su alma ideas funestas. Conocía su impotencia, y la debilidad le obligaba á dejarse caer como un enfermo en la miserable esterilla que le servía de cama. Entonces aquel hombre tan valiente, aquel jóven arrogante á quien todo un pueblo había elejido por su caudillo, aquel, alrededor de cuya cabeza se traslucía ya la aureola de la gloria, sentía enfriarse la sangre en sus venas, y hundido bajo el peso enorme de su desgracia lloraba como un niño por el trono que creía perdido, y por la muger á quien ya no volvería á ver.

Zelim-Almanzor era muy jóven: apenas contaba veinte y cinco años, y á esta edad, por grandes que sean las desgracias que hayan venido á combatir nuestra existencia, el corazón no ha perdido su sensibilidad: por eso lloraba como un niño el que en mil ocasiones había demostrado un valor indomable.

¡La libertad! hé aquí la idea que mas de continuo atormentaba al desgraciado príncipe al verse privado de ella.

«¡Oh! si yo pudiese verme libre, repetía frecuentemente; cómo habian de temblar mis verdugos! Montaría en mi noble Javel, recorrería los floridos campos, buscaría á mis adictos en el silencio de la noche. Ya estoy entre vosotros, les diría; ea, cargad el arcabuz y á la guerra; pero ¡ah! acaso ya no encontraria á ninguno dispuesto á seguirme. ¡Pobres moriscos! Mi prision, y luego mi muerte, acabarán con su entusiasmo, y no tardarán en ponerse todos á merced de sus enemigos. Ajem y Farax volverán á embarcarse para Africa en compañía de Josuf Sachifan y Abem-Rafi, y mi muerte asegurará para siempre la dominación de los cristianos en este delicioso reino. ¡Oh! la

Providencia se opone á que mi raza vuelva á sentarse en el trono.»

Estas consideraciones atormentaron durante muchas horas al desgraciado descendiente de Zeit, y le dejaron sumido en una especie de estupor. Aquel día no había querido probar el miserable alimento que le habían traído, y el hambre, la desesperación, y sus ideas funestas, le condujeron á ese estado en que el alma rendida se deja vencer por el sueño. Cerráronse sus párpados como si los dedos invisibles de un ángel, queriendo dar tregua á las penas del pobre preso, los hubieran cerrado misteriosamente.

Zelim soñaba y se creía estar despierto, porque su sueño parecía la continuación de las mismas ideas que habían ocupado su imaginación un poco antes.

Se hallaba en las inmediaciones de Valencia, y había ido al punto donde se encontraba montado en un caballo ricamente enjaezado, el cual corría como si tuviera alas. Algunos pobres moriscos le miraban con los ojos llenos de lágrimas, y el príncipe sentía humedecidos los suyos al ver á aquellos pobres hombres llorando su religion perdida. De repente un agradable espectáculo troca en alegría la tristeza que poco antes cubria su rostro y el de los pobres moriscos. «Es Farax, es Ajem que traen un ejército; y en efecto, á lo lejos entre espesas nubes de polvo se ven avanzar muchos hombres armados al mando de Ajem y de Farax; Zelim corre á su encuentro, y los soldados se regocijan al ver el estrecho abrazo que Zelim da á sus capitanes.....»

Caprichos extraños de los sueños. ¿Dónde está Farax? ¿dónde Ajem? ¿qué se ha hecho aquel ejército? todo desapareció con la misma facilidad que había venido; pero Zelim seguía libre aun.

Ya no se encontraba en los amenos campos de Valencia, se halla en un terreno cuya aridez entristecía el alma, y cuya escabrosidad traía á la imaginación la idea de los animales que debían poblarle. Zelim contemplaba el paisaje, y sintió oprimido su corazón al verse tan solo; pero luego vió á su lado un anciano

que vestía un viejo alquicel y un desaliñado turbante; Zelim le miró con asombro y le preguntó: «¿Quién eres, anciano, y qué país es este?—Soy un verdadero musulmán que ha huido de la llanura en donde el miedo obligó á mis hermanos á renegar de su religion, y este país en que nos encontramos se llama la Sierra de Espadan. ¿Ves esa cordillera de montes que por todas partes nos rodea, ves esos desfiladeros que serpentean al pié de esas elevadas moles de piedra?—Sí, sí, contestó Zelim.—Si quieres pues reconquistar el reino de tus antepasados, llama á este punto á tus adictos, organiza tu ejército, y estiéndete por la llanura como un torrente devorador.»

Aquí habia llegado Zelim en su sueño, cuando fué despertado bruscamente por su carcelero, mientras otro que parecia de la misma catadura que él le esperaba á la puerta del calabozo.

Zelim abrió los ojos y vió á su carcelero, á quien reconoció bien pronto; pero al ver otro hombre en la puerta se levantó rápidamente.

«¿Quién eres tú? preguntó al nuevo personaje.

—¡Qué arrogante es este moro! dijo por lo bajo el desconocido.

—Si eres el verdugo, añadió el príncipe, acércate. Ya sabe tu compañero que no soy cobarde, y que te entregaré mi cabeza sin miedo. Ea, buen ánimo, señor verdugo.»

Esto diciendo, el príncipe se adelantó hácia el que esperaba en la puerta; mas pronto se vió detenido por el carcelero, el cual le dijo con mucha sorna:

«¿Sin duda has olvidado en donde te hallas?»

—La noche eterna que me rodea me dice que estoy en la negra Inquisicion.

—¡Ya! como hablabas de verdugos, creí que habias olvidado que el Santo Oficio no acostumbra manchar con sangre sus fallos.»

Y al decir esto, la inmensa boca del carcelero se abrió para reir bárbaramente.

Zelim comprendió lo que queria decir este hombre inhu-

mano , y el suplicio de la hoguera se le representó con todos sus horrorosos pormenores.

«Sepamos á qué has venido, preguntó Zelim deseando saber á qué atenerse.

—A sacarte de aquí, dijo el carcelero con la misma sorna de antes.

—¿Estoy libre? preguntó el príncipe fuera de sí.

—No, pero puedes estarlo si los inquisidores te encuentran inocente.

—¿Y adónde me llevas ahora?

—A su presencia, contestó el impasible carcelero.
—¡Oh! ¡corrámos! ¡corrámos! dijo el príncipe deseando verse delante de sus jueces.

—¡Pobrecillo! decía para sí el carcelero siguiendo á Zelim; no sabe entre qué genté está.»



P. C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

CAPITULO XIII.

El discípulo de Torquemada.

La sala de audiencia era un aposento grande y sombrío. Zelim sintió helarse la sangre en sus venas al poner los pies en aquel aposento.

Era poco mas de las diez de la mañana, y tres velas de cera ardian sobre otros tantos candeleros de bronce, colocados en la mesa de los jueces y en la que ocupaba el secretario.

Imponente era el aspecto de los inquisidores, cuyas cabezas, desprovistas de cabellos, indicaban sus profundos estudios teológicos. Los individuos que formaban el tribunal eran frailes: el presidente vestia el hábito de los de Santo Domingo, y sus compañeros el modesto ropaje de los franciscanos. En cuanto al secretario, si bien no tenia el aspecto venerable de los jueces, su pálido semblante, sus arrugas prematuras y sus ojos hundidos indicaban tambien que los trabajos de su destino le habian puesto en aquel estado. Este personaje era fraile francisco tambien.

En la manera como se movia en su asiento, en el modo desenvuelto como buscaba los papeles, y en todas sus menores acciones, manifestaba que estaba bien seguro en la confianza del tribunal.

Un rayo de sol, penetrando atrevido por entre los gruesos barrotes de la doble reja que se descubria en lo mas alto de la pared que se levantaba delante del acusado y á espaldas del santo tribunal, pareció querer venir á alegrar el semblante del príncipe y á ponerle de manifiesto con su clara luz cuanto habia de horrible y repugnante á su alrededor.

Uno de los inquisidores, que por el lugar que ocupaba juzgó Zelim que debía ser el presidente, indignado de ver brillar

un rayo de luz natural en aquella funesta sala, mandó á uno de los familiares que esperaban sus órdenes en la puerta por donde habia entrado el acusado, que cerrase la ventana: el familiar obedeció la orden del presidente, y en la sala de audiencia volvió á reinar, cual si fuera de noche, la tibia y dudosa luz de las velas que ardian en las mesas del tribunal y del secretario.

Zelim lanzó un suspiro al ver que el inquisidor presidente le privaba de aquel rayo de sol que habia jugueteado en su noble rostro alegrando su alma y recordándole los que habian dorado su frente en los desiertos de Africa; en la época dichosa en que habia vagado por ellos tan libremente como el viento que agitaba sus arenas.

Los minutos que trascurrieron mientras el reo examinó las fisonomías de los que debian sentenciarle, el secretario los ocupó en poner en orden los papeles que habia en la mesa, y entresacó de entre ellos algunos pliegos, sobre los que pareció disponerse á escribir.

Zelim adivinó que aquellos pliegos formaban su proceso.

El presidente se removió en su su inmenso sillal, y los dos jueces se arrellanaron en los suyos respectivos, deseosos de oír el interrogatorio que iba á comenzar.

El secretario habia mojado la pluma en el ancho tintero que tenia delante, y miró al presidente despues de haber mirado con la cola del ojo al acusado.

Zelim observó todo esto sin inmutarse. A su lado habia un banquillo en el cual solian sentarse los pobres reos cuyas fuerzas flaqueaban á la vista del tribunal; pero el descendiente de Zeit se apartó dos pasos de él para hacer comprender que no le seria necesario buscar en el banco fatal un apoyo. La sangre circulaba caliente por sus venas, y el valor peculiar de su raza pareció en aquel momento comunicarle un vigor nunca experimentado.

«Acusado, dijo el presidente alargando el cuello como una tortuga por entre los dos candeleros que habia en la mesa: antes de interrogarte sobre los graves delitos de que eres res-

ponsable, voy á advertirte el medio que queda á tu favor para atenuar tu criminalidad. Este medio es decir la verdad, confesar llanamente lo que sepas, y descubrir á cuantos cómplices tengas en tus crímenes.

—Nunca he mentado, contestó el príncipe con calma; en mi patria, y más aun en mi familia, es mirada la verdad como una cosa santa, y nadie, señor, falta á ella.»

La voz del preso vibró de una manera particular en los oídos de los jueces, acostumbrados á oír las voces temblonas ó débiles de pobres acusados, que necesitaban las mas veces de la ayuda de los familiares del tribunal para sostenerse de pié. «El reo es de importancia como suponíamos, dijo por lo bajo uno de los jueces pasándose la mano por la cara.»

Hubo un momento de silencio, durante el cual el presidente pareció disponerse á entrar en el interrogatorio.

El rostro del príncipe estaba tranquilo, sus ojos estaban fijos en el tribunal esperando nuevas preguntas.

«Dices que nunca has mentado, exclamó el presidente; tanto mejor: pues si tambien en esta ocasion sale la verdad de tus labios, merecerás la indulgencia de tus jueces. La Inquisición aborrece la mentira.»

Estas últimas palabras, pronunciadas con cierto énfasis y con cierta entonacion, fueron muy del agrado de los jueces, y hasta el secretario pareció érguir su cuello con orgullo despues de mojar la pluma por la quinta ó sésta vez en el tintero.

«¿Cómo te llamas? preguntó el presidente.

—Carbau, contestó el reo.

—¿De dónde eres?

—De Fez.

—¿Cuánto tiempo hace que estás en Valéncia?

—Quince dias.

—¿A qué has venido á este pais?

—A visitarle.

—¿En qué te has ocupado durante estos quince dias?

—En recorrer la ciudad, en admirar sus edificios, y en pasear por sus jardines.

—¿Quién te acompañaba en tus escursiones?

—Nadie.

—¿Cómo lograbas entrar en los edificios que deseabas ver y en los jardines donde dices haber paseado?

—La amabilidad de muchos nobles me permitió ver sus palacios, y para entrar en los jardines no tuve mas que llamar á la puertas de los jardineros, los cuales en su mayor parte son, ó han sido musulmanes como yo.

—¿En dónde te hospedaste á tu llegada á esta ciudad?

—En ninguna parte: son tantos los que desearían tenerme en su casa, que por quedar bien con tan numerosos amigos opté por no hospedarme en la de ninguno.

—¿Qué te hizo adquirir tanta influencia entre tus correligionarios?

—Yo, por mi parte, nada he hecho; pero mis antepasados dejaron buenos recuerdos en este pais en los tiempos en que tuvieron la dicha de vivir en él, y creen los moros de este reino honrar su memoria obsequiando al descendiente de aquellos hombres.

—¿En qué te ocupabas en Fez?

—En nada. Hacia poco tiempo que una herida recibida en un combate me habia obligado á abandonar el mando de una galera perteneciente al gran Soliman, á cuyas órdenes he servido desde que contaba diez y ocho años, y me hallaba en Fez, mi patria, esperando el momento que los médicos me permitiesen volver á la guerra, cuando asaltado por el deseo vehemente de ver este delicioso pais, que fué la patria de mis antepasados, vine á él.

El presidente se movió en su sitial, y sus compañeros los inquisidores cambiaron con él miradas de profunda sorpresa. La relacion del reo acababa de levantar en sus cerebros un torbellino de ideas: el presidente por su parte comprendió desde luego que el negocio era mas grave de lo que se habia creído, y que la Inquisicion no podria lograr su objeto mandando á la hoguera á aquel reo, sino era olvidando sus atribuciones y comprometiendo acaso la paz del pais. No era el que menos

alarmado parecía estar el escuálido secretario, que no rayaba corto en derecho internacional, y sabía hasta donde se comprometían si por dar gusto al populacho, que pedía un *auto de fé*, faltaban á los tratados existentes de paz entre el gran turco, de quien decía ser capitán el reo, y el católico emperador Carlos V.

Zelim adivinó el motivo de la turbación de sus jueces, y creyendo oportuno hacerles comprender la gravedad del asunto sometido á su fallo, añadió:—

«Os he dicho con la franqueza que me es propia la verdad en cuanto me habeis preguntado; si por ventura dudais, tengo en mi poder documentos que justificarán mis palabras.»

—«Escusa el presentarlos por ahora, dijo el presidente; el tribunal te cree bajo tu palabra.»

Al mismo tiempo el presidente hizo sonar la campanilla, y dos familiares acudieron á oír sus órdenes.

«Conducid al reo á su calabozo,» dijo con tono ácre.

Los familiares se acercaron al príncipe, y este, haciendo una ligera inclinación ante el tribunal, echó á andar hacia la puerta siguiendo á los funestos agentes del Santo Oficio.

Los inquisidores y el secretario quedaron solos.

El presidente alargó el cuello para ver si algún familiar se habia quedado á esperar nuevas órdenes; y viendo que no habia ninguno en la espaciosa sala, se levantó de su sitial, y arqueando las cejas y apretando con el inferior su labio superior, gesto que, sea dicho de paso, le afeaba horriblemente, exclamó mirando á sus compañeros.

«Ya habeis oido: es un extranjero y además capitán de una de las galeras de Solimán, de ese gran guerrero que en pocos dias invadió, despreciando el poder de nuestro rey Carlos I, los estados de la Hungría y la Bohemia. ¡Oh! es un caso hartó grave el que se acaba de someter á nuestro fallo. Yo, por mi parte, opino que se consulte el caso secretamente con el inquisidor general.»

—«Cosa sobrado vergonzosa será,» dijo uno de los jueces dando una fuerte palmada en la mesa; «el verse precisado el

tribunal á abrirle la puerta de su calabozo para decirle: «Ea, ya estás libre; puedes ir adónde quieras. La Inquisición y esa Inquisición ante la cual dicen que tiemblan todos, no tiene valor para castigarte. Su poder no alcanza mas que á los pobres moriscos ó á esos avaros judíos á quien nadie protege y que andan errantes y vagabundos por todas partes. Cuando se trata de sentenciar á un hombre de alguna importancia, el santo, el ponderado tribunal se ve precisado á publicar su impotencia.» Una vez es la nobleza la que nos disputa una víctima; otra vez la justicia ordinaria que quiere cercenar nuestras atribuciones; y hoy que todo el pueblo valenciano espera fuera de este edificio el momento de ver salir para la hoguera al insolente que menospreció la cédula del Emperador, habrá que decirle: «retírate, pueblo, y abre paso al criminal, porque nada podemos contra él.»

—Es muy cierto cuanto decis, Fr. Lorenzo, dijo el presidente; pero la ley ante todo. Bien sabeis que no soy compasivo con los enemigos de mi religion; pero cuando llegan casos como el presente, es preciso inclinar la cabeza y respetar las leyes. —Veo, dijo otro inquisidor, que hasta entonces habia permanecido silencioso, que mis dignos compañeros, no han comprendido el caso presente.

—¿Sostendreis, dijo el presidente, que no es un caso árduo sobre el cual es deber nuestro abstenernos de fallar hasta oír el parecer del inquisidor general? ¿Dudais por ventura que nuestro monarca está en paz con el sultan y con el rey de Fez?

—Todo lo sé, contestó el sombrío inquisidor, pero tambien sé que la Inquisición cuenta con medios para lograr siempre sus fines, y en el caso presente es preciso valerse de esos medios para asegurar la paz en este reino, amenazada con la presencia de ese musulman.

—No comprendo, no adivino qué quereis decir.

—¿Vos mismo no habeis oido que el reo ha manifestado tener en su poder documentos que justificarian cuanto ha dicho?

—Sí.

—Suponiendo que tales documentos no existieran, ¿cómo se nos podía pedir cuenta de haber sentenciado á un soldado de Soliman?

—Esos documentos están en su poder, y no querrá desprenderse de ellos.

—Yo se los pediré buenamente, y haremos con ellos un *au-tillo*.

—¡Los quemareis!

—Esta noche. Mañana se unirán al proceso nuevas declaraciones de personas que habrán visto á Carbau en las alquerías de los moros mas rebeldes del pais, y supondremos que otras le han oido hablar de planes revolucionarios en diferentes ocasiones! ¿Con pruebas tales qué juez vacilaria en sentenciar?

—¡Oh! dijo el presidente, sois digno discípulo de Torquemada.

—Aprobais el plan; ¿eh?

—Aprobado; contestó el presidente.

—Yo lo encuentro acertado é ingenioso, si bien algo ilegal,

dijo el inquisidor que poco antes suspirara por las cortas atribuciones del tribunal á que menia la honra de pertenecer.

El secretario entre tanto se ocupaba en formular el auto definitivo, para ahorrar este trabajo á los inquisidores. Escusado es el decir que al hacer aquello el digno secretario del santo tribunal, no se apartaba en nada de la práctica establecida.

—¿Y qué se le ocurre á usted?

—Todo lo que se le ocurre á usted es el auto de fe.

—¿Y qué se le ocurre á usted?

—¿Y qué se le ocurre á usted?

—¿Y qué se le ocurre á usted?

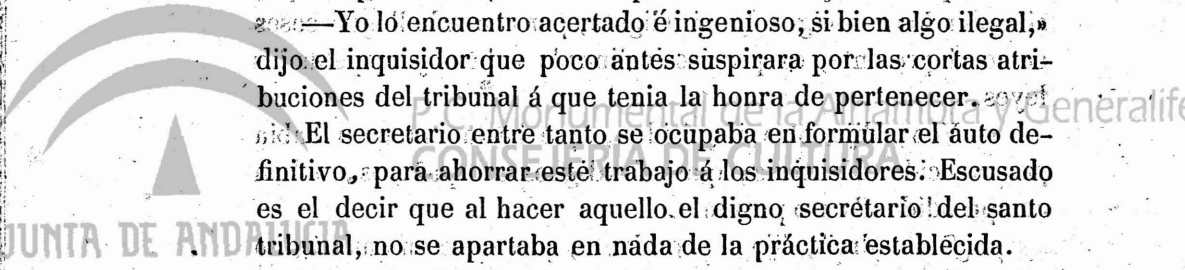
—¿Y qué se le ocurre á usted?

—¿Y qué se le ocurre á usted?

—¿Y qué se le ocurre á usted?

—¿Y qué se le ocurre á usted?

—¿Y qué se le ocurre á usted?



CAPITULO XIV.

El poder del oro.

Zelim volvió á su calabozo.

El impasible carcelero le habia dicho antes de dejarle en él: «Gran suerte has tenido; el tormento estaba preparado y los señores inquisidores no han querido llevarte á él; pero no por esto debes estar descansado, porque cuando mas tranquilo te halles vendrán á sacarte de tu encierro para ajustarte la cuenta en algun torniquete.»

El reo se estremeció al oír aquellas palabras; pero como recordaba muy bien lo que acababa de suceder en la sala de audiencia, se tranquilizó bien pronto y arrojó una mirada de desprecio al inhumano carcelero.

Cuando Zelim se vió solo, se sentó en la pobre esterilla que le habia servido de lecho, y meditó profundamente sobre su situacion y sobre la suerte del pueblo que habia vislumbrado la independencia al verle á él y al saber los grandes recursos con que contaba para llevar á cabo su empresa. Se acordó de sus fieles amigos, Ajem y Farax, y al recordar á los valientes capitanes que habian abandonado el Africa por seguirle á Valencia, lanzó un suspiro, pensando en que tal vez, cansados de esperar y dudando ya de que pudiera empezarse la campaña, se habrian vuelto á su pais.

«¡Oh, Dios mio, Dios mio! exclamaba el desgraciado príncipe al meditar en su situacion presente y en los obstáculos en que, suponiendo que fuese absuelto por el Santo Oficio, se opondrian á la realizacion de sus proyectos: ¡Señor, que ves desde tu trono omnipotente el pasado y el porvenir de las cosas humanas, inspírame lo que debo hacer en la ocasion presente en que mi alma inquieta, recelosa, vaga entre la duda y la es-

peranzal ¡Oh! ¡si está escrito en el libro misterioso de los destinos humanos que ya mi familia no ha de volver á sentarse en el trono ; si ya no hemos de reinar jamás en este pais los hijos de aquellos que lo hicieron florecer durante tantos siglos, decídmelo, Señor!... Decidme de una vez que pesa sobre mi raza vuestra eterna maldicion, y renunciaré para siempre á mis proyectos, y haré que los que en mí confian busquen apoyo en otra persona para lograr su independendencia.»

Asi se lamentaba el pobre príncipe en su oscuro calabozo mientras trascurrian las horas sin ver abrir la puerta para recobrar su apetecida libertad, y nuevas dudas se levantaban en su imaginacion; pero luego su alma noble, que no comprendia la mala fé ni el crimen, se tranquilizaba, pensando en que algun incidente particular, algun trámite necesario habria impedido á los inquisidores el acordar la libertad. En estas dudas, en estas crueles alternativas se pasó el dia y llegó la noche.

«¡ Dios mio! pensó el preso ; van á hacerme pasar tambien la noche en este calabozo.»

Dos horas despues le pareció oir el ruido que produce una mano al deslizarse por la pared.

El príncipe se estremeció: recordó en el lugar donde se hallaba, y su fogosa imaginacion vislumbró una muerte horrible. Aquella mano que buscaba la puerta para abrir su calabozo, aquel misterio con que una persona se acercaba á él, le hizo comprender que no podia ser otra, en aquella ocasion, que algun agente, algun esbirro del santo tribunal, que se acercaba á él con intencion siniestra. El príncipe sin embargo supo hacerse superior á su miedo, y esperó tranquilo la llegada de aquel ser misterioso que habia dado con la cerradura y que abría con no poca precaucion.

Los enmohecidos goznes de la centenaria puerta se movieron produciendo un ligero rechinamiento, y Zelim, que oyó el ruido de una persona que habia penetrado ya en su calabozo, se hizo un paso atras.

Cosa estraña: el ambiente que se respiraba en aquel hediondo calabozo, lleno de miasmas pestilentes y deletéreos; se

impregnó de repente del rico perfume del azar y del jazmin, y además el preso oyó ese ligero y grato ruido que produce el crujir de una preciosa falda de seda.

«¡Esto es un sueño!» pensó el preso; y luego, deseando salir de su incertidumbre lo antes posible, exclamó:

«¡Quién vá!

—Yo, dijo una voz femenina ligeramente conmovida.

—¡Una muger! exclamó el príncipe lleno de sorpresa.

—Sí, una muger, contestó la misma voz con igual conmoción.

—¡No es Isabel! dijo tristemente el príncipe;» y á pesar de que fue esto dicho en voz baja, llegó á oídos de la desconocida, la cual se apresuró á decir:

«¡Isabel! Las cristianas aman de cierta manera. No la esperes.

—¿Luego la conoces tú?

—Sí.

—¿Y has venido mandada por ella?

—No.

—¡Oh! mi mente se confunde.

—¿No crees que pueda venirte la libertad por otro conducto?

—Sí, es verdad; pero.....

—¡La amas mucho, y crees que el bien solo puede venirte de ella!

—No sé quién eres, muger misteriosa, y no sé que me causa mas sorpresa, si tu aparicion en este sitio ó tu lenguaje conciso y sentencioso.

—No creia encontrarte tan desdeñoso, noble Zeit.

—No pronuncieis su nombre, desgraciada!

—Ya ves que te conozco perfectamente, dijo la desconocida con voz mas conmovida.

—Me conoces, lo veo; pero tambien comprendo que al venir á este sitio no puede ser otra tu intencion que la de salvarme del poder del Santo Oficio.

—Tal es mi deseo y el de mis correligionarios.

—¿Y tú, muger magnánima, has tomado á tu cargo la árdua empresa de sacarme de aquí? ¡Cómo podré pagarte tanto sacrificio!

—Haciéndote digno del pobre pueblo que aun confía en tí.

—¿Estás enterada de todo?

—De todo.

—¿Sabes?....

—Sé que aguardan tu salida para dar el grito de independencia.

—¿Y mis amigos? ¿Has oído hablar de Ajem y de Farax!

—Sí. Los conozco como á tí.

—¿Y dónde los veré?

—Farax te espera en su alquería y Ajem en Tales.

—¿Has obrado con acuerdo de ellos?

—Sí, pero no soy su instrumento al darte la libertad.

—¿Y quién me asegura que debo aceptar este sacrificio que por mí hace una muger, jóven al parecer y acaso hermosa?

—Yo.

—¡Oh! no; no puedo aceptar mi libertad sin saber á qué precio la compras, desgraciada.

—No temas por mí, noble príncipe; el oro me ha abierto las puertas de este sombrío edificio y me ha allanado el camino para llegar hasta aquí.

—Aun así dudo en aceptar, porque acaso os cueste demasiado, y yo no debo tardar en verme absuelto.

—Así debía ser; pero desgraciado de tí si esperases ese momento que nunca llegaría.

—Mi inocencia está bien clara.

—Aquí no se atiende á eso.

—Ademas soy soldado de Soliman, y mi muerte sería el rompimiento de los tratados de paz existentes entre él y el rey de España.

—La Inquisicion tiene recursos para todo y no os salvariais.

—¿Con que es preciso aceptar?

—Es el único camino para evitar la muerte.

—¡Oh! salgamos, pues, dijo el príncipe.

—Espera, dijo la desconocida.

—¿Qué me quieres?

—Exigirte un juramento.

—Habla.

—Promete por la memoria de tus antecesores que no volverás á ver á esa cristiana por cuya causa estás aquí.»

El príncipe se estremeció y lanzó un gemido exclamando :

«¡Ah! ¿quereis dar la libertad al cuerpo y esclavizar el alma!

—El pueblo musulman mira como una cosa funesta el amor de esa muger.

—Lo sé.

—Tiene motivos para estar preocupado. Uno de tus antecesores vino como tú á conquistar este reino.....

—Es un recuerdo inoportuno, dijo el preso.

—Príncipe, puedes salir. Tu libertad está comprada ya.»

Esto diciendo, la desconocida echó á andar y Zelim la siguió por el estrecho corredor, á cuyo fin encontraron al funesto carcelero que los esperaba con señales de febril impaciencia.

«¡Cuánto habeis tardado! exclamó cuando vió á Zelim y á la dama.»

La desconocida nada contestó, y el carcelero la siguió como si aquella muger lo hubiera magnetizado á su paso.

Cruzaron un salon abandonado, sin muebles ni adornos de ninguna especie; un corredor, un gabinete en donde habia una mesa, una librería y algunas sillas, y á cuyo aspecto tembló el carcelero, recordando que era el cuarto de estudio de los inquisidores. Luego bajaron unos cuantos escalones, y el carcelero abrió temblando una puertecita que habia al pié de ellos.

«Ya estamos en la calle, dijo este respirando como si saliese de una tumba.»

Era en efecto asi, y el viento de la noche refrescaba las frentes ardorosas de aquellos tres personajes.

El carcelero volvió á cerrar la puerta y arrojó lejos de sí la llave de ella, como si no hubiera querido conservar ningun objeto de la sombría mansion en donde habia pasado diez años.

«Buenas noches, exclamó, deseando huir de allí.

—Id con Dios, contestó la desconocida, oculta siempre debajo de su tupido velo.»

El príncipe contempló aquella muger durante algunos segundos, y saliendo de su éxtasis exclamó no sabiendo que decir.

«Yo tambien me voy.

—Y yo.....»

He aqui como se separaron aquellos dos personajes. Sin embargo, mas de una vez el príncipe instintivamente se volvió para ver á la desconocida, y esta por su parte hizo lo mismo.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA